

## ETHICA NOVA: ¿CÓMO PENSARLO ÉTICO?

Escribo diferente de lo que hablo, hablo diferente de lo que pienso, pienso diferente de lo que debería pensar, y así sucesivamente, hasta la más profunda oscuridad.

*Franz Kafka*

He ahí un texto clave, profundamente revelador de la sensación contemporánea de desamparo. Fue escrito a principios de este siglo por una gran pensador, por alguien cuya obra atisbó, como pocas en este siglo, la insólita potencia autodestructiva del animal humano en pleno disfrute de los logros más sofisticados de lo que se conoce como “civilización”.

Es justamente de cara a lo abismal de un descenso al parecer incontenible (“y así sucesivamente, hasta la más profunda... *infelicidad*”) que se alza la necesidad de afirmar, una vez más, el sentido de la búsqueda de la felicidad. Porque lo ético nunca ha sido otra cosa: no ya la chata aspiración a ser feliz, sino el sentido de una búsqueda que no tiene otro sentido que ese mismo preguntar por lo que significa “ser feliz”. No sin cierta razón, pues, para Wittgenstein lo ético y lo estético no pueden ser objeto de una investigación filosófica: ambos pertenecen al mismo ámbito de lo informulable, de lo que no puede ser motivo de una fundamentación.

En griego antiguo la palabra equivalente a felicidad es muy expresiva: *eudaimonía*, que significa vivir alegremente, en íntima compenetración con lo divino. Y, sin embargo, ¿cómo puede vivirse de esa manera cuando todo conspira contra la alegría, cuando lo

divino ya no se contempla, porque, sencillamente, ha *desaparecido*? La fatiga de un monoteísmo indigesto hace pensar, justamente, en la espera de un nuevo dios redentor. Aún alguien como Martin Heidegger lo llegó a decir al final de sus días: sólo un dios nos salva. Lo ético, el sentido de la felicidad, obliga a repensar lo que significa esa espera, esa llamada de una salvación inédita. ¿Pero quién salva a quién cuando ya nadie confía ni en su propia sombra?

Es en este contexto que, a nuestro entender, un libro como *Ethica nova* de Andrés Rodríguez Rubio adquiere una clara pertinencia y se presenta como una importante aportación a la literatura filosófica en castellano. El título en latín recoge el recuento de una sensibilidad que ha sido una constante en la antigüedad y que vuelve hoy a tener una inusitada actualidad: ser feliz significa cuidarse a sí mismo. Toda una categoría del actual mercado cultural, acaparado por el mundo anglo-americano, es cónsona con esa búsqueda: los libros de auto-ayuda o self-aid, pretenden así prescribir, o subsanar con fórmulas de éxito, lo imprescriptible de la eticidad. Por esto, para los estoicos, por ejemplo, la ética es inseparable de la lógica y de la física, por lo que “cuidarse a sí mismo” es la única manera de entender autónomamente el orden natural (*cosmos*) o la realidad última de todas las cosas.

*Ethica nova*: ¿nueva ética o la novedad de lo ético? ¿Pero cómo lo ético puede ser nuevo? Más aún: ¿cómo pensar lo ético *nuevamente*, con la eventualidad indescifrable de ese adverbio que proclama la incertidumbre de lo porvenir y el cansancio de toda una civilización? ¿Más allá del bien y del mal? ¿Acaso ya casi todo el mundo no está situado ahí, en el privilegio de una amoralidad que ha destronado la culpa? ¿No es ésa la corrupción de la conciencia moral? ¿No abundan por eso mismo los comités de ética, las ofertas terapéuticas, las ofertas para alcanzar la felicidad, la “nueva era” de una religiosidad estrictamente mercantil? ¿Acaso no todo hoy se ha vuelto negociable? ¿Y qué decir de esta nueva guerra que es en realidad la misma tantas veces renovada durante este siglo? ¿Cómo pensar la fascinación audiovisual y telemediática por el espectáculo de la guerra, por la lógica del exterminio, por la administración engalanada y vistosa de la muerte? ¿No estamos viviendo acaso a

punto de acabar este siglo la fidelidad al legado planetario del Tercer Reich: las víctimas haciendo de verdugos y la democracia convertida en un gigantesco sistema de propaganda bélica en nombre de la más despiadada filantropía? ¿Quién sepultará a los sepultureros? ¿No se estará exterminando también, y de paso, la infancia de los niños, el entusiasmo de la adolescencia, la sabiduría de los ancianos?

Son cinco las principales corrientes de pensamiento que en este libro convergen: la corriente del legado clásico (Aristóteles, Platón, Epicuro, Séneca, Marco Aurelio), la anglo-americana (John Rawls, Karl Popper), una vertiente sumamente influyente del pensamiento francés contemporáneo (Michel Foucault), el existencialismo (Heidegger, Sartre) y el pensamiento hispano (Hostos, Ortega, Zubiri, Aranguren, Muguerza,). Corrientes que, a su vez, están atravesadas por el recuento histórico de la eticidad y tematizadas de acuerdo con las particulares inquietudes filosóficas del autor. Una buena parte de este libro consisten en esto: dar una visión panorámica de lo ético a partir de esa vocación filosófica que nos recuerda que nada puede hacerse sin atender a lo que significa pensar filosóficamente.

He aquí un pasaje revelador de la actitud filosófica que prevalece en *Ethica nova*: “Pero la actitud *cínica* ha perdido siempre la batalla. Y, aunque hemos llegado al punto en que empieza a haber un alejamiento de la búsqueda del fundamento, paradójicamente la ética está de pie como pocas veces en la historia. Lo que va predominando es una especie de *pragmatismo ecléctico*. Como quiera que sea, es mejor llegar en crucero que nadando. De modo que vamos a construir un crucero como Dios manda, y en las distintas éticas hay estupendos materiales para hacerlo. Queremos decir que, aunque no se sepa el por qué, tenemos que vivir mejorándonos, haciéndonos, en el más estricto sentido orteguiano” (163).

Viene a la mente la imagen del naufragio, la idea nietzscheana de que ya no hay tierra firme. Podría, sin embargo, hablarse también del lodo: cada intento de afinar algo, se desborona en la mugre de un terreno pantanoso. También podría pensarse en los excrementos: cada esfuerzo por digerir o asimilar algo se convierte en una impureza. El mundo, decía Sartre, es una gigantesca bola de mierda. Lo inviable de la fundamentación de algún nuevo valor es que ya no hay, por

así decirlo, *voluntad arquitectónica*. Por eso, entiendo que no sólo el cinismo no ha sido derrotado ni ha perdido la batalla sino que, además, es *la perversión de la actitud cínica la que ha triunfado*. Económicamente, esa perversión tiene un nombre: capitalismo. Políticamente, tiene un apellido: neo-liberalismo. Y moralmente tiene una gran actualidad: el que venga atrás que arree. ¿No habría entonces que recuperar la salud del cinismo, si por cinismo entendemos no ya la moral de los perros sino la *austeridad de la gracia*, esto es: lo que ya hace años Ludwig Schajowicz llamó la *esencia de la espontaneidad*? ¿Pero quién se atreve hoy realmente a pensar y, sobre todo, a vivir *éticamente* contra los neo-liberales, a no identificarse con la farsa liberal, a distanciarse de la flojera de esta moderna fuente de gregariedad? ¿Acaso no dijo Benjamin Franklin, mucho antes que el Reverendo Font que el afán de lucro es una virtud premiada por el divino creador? No ese el único pensamiento predominante, el pensamiento global que aúna las voluntades? Se nos dirá *liberalmente* que nadie ni nada nos prohíbe pensar en contra, vivir de otra manera. Pero: ¿de qué sirve cuando ya nada significa pensar?

Se trata de una *gracia*, por cierto, para entender la desgracia y no para congraciarse con el desencanto, la amargura o la pequeña felicidad de los débiles, con la pusilanimidad, con la impotencia. Pero si esto es así, no vemos cómo puede hablarse de “pragmatismo ecléctico,” ya que la *gracia exige un principio incondicional*, no ya como imperativo del deber, pero sí como imperativo del presente, de lo que significa *justo este momento*. Ahora bien, ese principio sería, de hecho, el principio de un no principio, es decir, la gracia de una gran paradoja: *se trataría, en efecto, del cultivo de una espontaneidad que obligaría a pensar libremente su misma evanescencia*. No se trataría sólo, por lo tanto, de armarse teóricamente (contemplativamente) de una ética, sino de construir una práctica cotidiana, incesante, que incida en la salud del *recto entendimiento* de las cosas tal cual ellas son. En ese caso, no sólo ya no haría falta un Dios para salvarnos sino que, además, ya no habría que hacer nada como “Dios manda,” pues el Viejo Dios –y todo el desplazamiento de su cadena significante: el Estado, la Moral, el Derecho, la

Racionalidad— quedaría desposeído de sus mandatos. ¿No se acabaría así por fin con el poder justificador de tener que hacer la guerra y matar en nombre de Dios?

Más que un “ateísmo,” habría que plantearse la necesidad de repensar el amor. Lo ético es, de hecho, el cultivo de un pensamiento de amor incondicional que el autor de nuestro libro *presiente* en el último capítulo titulado *El amor hacia lo mejor*. Pero más que una alianza con los *sentimientos*, entendemos que este amor implica una recuperación de lo que Spinoza llamó el amor de la potencia del entendimiento, el *Amor Dei Intellectualis*, el amor intelectual hacia Dios, donde “Dios” ya no es el Dios que manda sino *aquello* que se obedece a sí mismo, es decir, la absoluta escucha, la liberación (*absolvere*) de toda culpa, mucho más allá de todo castigo o recompensa. Bajo esta premisa, Dios no ha muerto; Dios ha desaparecido efectivamente, prácticamente, tecnológicamente, en un puro e instantáneo acto de eutanasia, en un fulgor infinito de olvido de sí y suprema compasión. La eticidad sería entonces el ámbito de un amor a sí mismo que es, en definitiva, el amor desprendido e inaprehensivo hacia todo lo que existe: la gracia del desapego. Es decir, lo que Spinoza —ese buda de occidente— también llamó la *beatitud*.

#### **Nota bene**

Atención a la coincidencia de los prefijos en las palabras *eu-daimonía* y *eu-thanasia*: como si el “morir” fuese algo inherente a la alegría del “vivir”. Y he aquí una oportuna cita de Marco Aurelio, que es también una respuesta *luminosa* a la *oscuridad* de la cita de Kafka con la que comenzábamos: “El alma es una esfera autoformada (autoeidés), cuando no necesita buscar nada fuera de sí ni tampoco se hunde en sus adentros, cuando ni se expande ni se contrae, sino que irradia esa luz con la que ve la realidad de todas las cosas y la verdad de su propia realidad” (*Meditaciones*, IX, 12).

*Francisco José Ramos*

